

## «RARAS MUJERES NUEVAS»: ABORTO Y MATERNIDAD EN EL IMAGINARIO DE DOS MUJERES ECUATORIANAS

Liudmila Morales Alfonso  
liudmorales.87@gmail.com<sup>1</sup>

FLACSO. Ecuador  
Universidad Tecnológica Israel

Fecha de recepción: 14 de marzo de 2014  
Fecha de aceptación: 30 de marzo de 2014

### Resumen

El artículo se acerca a las resistencias antipatriarcales de dos mujeres ecuatorianas a través de sus experiencias de aborto, en un contexto de penalización legal y social. Indaga sobre los nexos entre dichas experiencias y la figura de la madre como arquetipo de la negación del goce sexual femenino y la asociación sexo/reproducción, que coloca a la mujer en el centro de esta última. Profundiza en el ejercicio de la capacidad de acción de las mujeres dentro del marco trazado por las rutas de la resistencia, la influencia de las instituciones religiosas, la familia y la pareja masculina como posibles mecanismos coercitivos que construyen la culpa. De esta forma propone un acercamiento al aborto como posibilidad y acontecimiento que transcurre en un cuerpo sexuado y situado, en diálogo con los principales enfoques sobre el tema.

**Palabras claves:** aborto, resistencia, penalización, maternidad.

### Abstract

This article approaches to the resistance of two Ecuadorian women through their experiences of abortion, in a context of legal and social penalization. It inquires about the links between those experiences and the figure of the mother, an archetype of the denying of women's sexual placer and the association sex/reproduction, which places woman in the center of reproduction. The article deepens into the exercise of women's capacity of action within the frame of the resistance routes, the influence of religious institutions, family and male partners as possible coercive mechanisms of guilt. It proposes an approach to abortion like a possibility and an event that happens in a sexed and situated body, dialoguing with main approaches to the subject.

**Keywords:** abortion, resistance, penalization, motherhood.

---

1. Periodista cubana, Maestrante en Ciencias Sociales con Mención en Género y Desarrollo de FLACSO Ecuador.

«Las mujeres han pasado por alto legislaciones punitivas, normativas sociales y presiones emocionales internas y han decidido abortar como una opción extrema frente a un embarazo no deseado; con ello han asumido una actitud y una acción de resistencia y de protagonismo contra el juez, el cura, la familia, la opinión pública, la soledad y los sentimientos de culpa, lo que ha hecho del aborto un hecho disidente»

(Guillermo Figueroa y Verónica Sánchez, 2013).

**L**a significación del vocablo *aborto* da cuenta de un proceso malogrado, que no llega a su término. De ahí su uso como sinónimo de desertar o abandonar la consecución de un objetivo, como en «abortar el plan».

Pero, ¿a qué se renuncia? ¿Qué se *aborda* cuando se aborta? Más allá de las infinitas respuestas que cada mujer pueda dar a dicha interrogante, un conjunto de normas culturales permanecen como telón de fondo de la connotación social del aborto en muchas sociedades latinoamericanas.

El origen de tal connotación remite a una figura medular para el control patriarcal sobre el cuerpo de las mujeres: la figura de la madre. Es tal su repercusión que incluso dentro la militancia política feminista se vio en un momento a la maternidad como «esencia de la condición de mujer» (Lavrin, 2005: 225) y la defensa del derecho al aborto pareció irreconciliable incluso con las ideas de liberación femenina.

Muchos de los argumentos de condena al aborto lo presentan como ruptura de un ciclo «natural» y gravitan en torno a la exaltación de la figura de la madre. Cabe considerar entonces el alcance de los actos de resistencia de las mujeres cuando toman la decisión de abortar en contextos de penalización legal y social y en qué medida dicha resistencia deconstruye las normas patriarcales sobre la maternidad que les han sido inculcadas.

¿Hasta qué punto sienten las mujeres que renuncian a la maternidad mediante el aborto? ¿Qué papel juegan las representaciones tradicionales de la madre en el proceso? Para adentrarse en estas y otras inquietudes, el presente artículo se basa en dos entrevistas. La primera: a una mujer que actualmente es madre de dos hijos y en un período cercano a sus nacimientos abortó en tres ocasiones; y la segunda: a una joven que tras vivir una traumática experiencia de aborto hoy se cuestiona el deseo de ser madre.

Sus testimonios serán analizados a la luz de los textos de Joan Scott (2008 [1986]), Nancy Chodorow (1984), Colette Soler (2006) y Sabah Mahmood (2009) en cuanto a la influencia de las figuras paradigmáticas opuestas de Eva y María, la reproducción de la maternidad y el papel de las parejas masculinas como variables incidentes en el ejercicio de la capacidad de acción de las mujeres en situaciones histórico-concretas.

Las mujeres entrevistadas<sup>2</sup> pertenecen a la clase media ecuatoriana, ambas son blanco-mestizas y profesionales; una vivió sus experiencias de aborto en Quito y la otra en Guayaquil, las dos ciudades más importantes del país. La elección de sus testimonios obedece a la necesidad de ilustrar las implicaciones subjetivas del aborto incluso para quienes, por su posición de clase, disponen del «mejor» acceso al servicio, dentro de las limitaciones propias de la ilegalidad.

El actual Código Penal ecuatoriano recoge en los delitos contra la vida al aborto, a partir del artículo 441 y establece sus excepciones en el 447, para los supuestos de peligro inminente de la vida de la mujer y violación a una mujer «demente» o «idiota». La legalización a corto plazo del aborto en Ecuador no solo se muestra poco probable sino que incluso en los casos de violación permaneció en análisis desde 2011, como parte del proyecto de Código Integral Penal, que derogará al vigente. Un reciente debate en la Asamblea Nacional (octubre de 2013) culminó con el mantenimiento de la ilegalidad del aborto no obstante a que diversas fuentes estiman los abortos anuales ocurridos en el país en una cifra pasados los cien mil.

Ello da fe de la ocurrencia de hechos ilegales prácticamente a la luz pública y pese a la escasez de juicios seguidos contra mujeres que abortan no se debilita el matiz de tabú existente alrededor del tema, pues una especie de ley no escrita se aplica a un delito que pocos consideran perseguible por la vía judicial. Dogmas religiosos y prejuicios morales reflejados hasta en el discurso oficial del gobierno ecuatoriano reproducen los mitos de que abortar es un asesinato y solo las mujeres irresponsables lo hacen, porque si no se tuvo cuidado antes hay que asumir las consecuencias sin dañar al indefenso feto.

N. y M., las mujeres entrevistadas, describen el clima de opresión física y moral en que transcurren las experiencias de aborto bajo las condiciones de ilegalidad y fuerte condena moral descritas.

En aras de esclarecer nexos entre sus vivencias y la identidad de madre que la sociedad busca forjar en las mujeres, sus narraciones se

---

2. A petición de las entrevistadas se han omitido sus nombres. Los seudónimos de N. y M. permiten diferenciar sus declaraciones en el presente artículo.

ordenarán desde los mecanismos coercitivos que en sus casos construyen el sentimiento de culpa: las rutas de la ilegalidad (y la resistencia), la influencia de sus parejas y familia, así como las instituciones religiosas.

## RUTAS

N. tuvo tres experiencias de aborto. Me extrañó su ofrecimiento a colaborar porque no resulta común en Ecuador que la gente hable abiertamente del tema. Menos, si se trata una profesional madre de dos hijos y con toda la apariencia de la mujer «perfecta» que pondera el patriarcado.

Si algo he aprendido en este país es que para que te hablen de aborto, no basta con preguntar. De ahí la incógnita ante su actitud abierta, respondida al concluir la entrevista. N. no tuvo que decirlo, pues así lo intuí: a ella solo le hacía falta hablar.

N.: «El primer aborto fue a los 23 años, antes de casarme, cuando estaba ya con el que luego sería mi esposo. En ese momento yo no tenía planes para formalizar la relación y menos formar una familia o casarme, aunque trabajaba. Verás: yo crecí en un ambiente muy... seguí una línea de niña buena y lo conocí a él en una época en que decidí romper con todas las estructuras. Empecé a tomar mucho y en una ocasión me embaracé.

«Estaba desesperada, porque no era lo que yo quería en ese momento. Llevábamos poco tiempo saliendo, él había salido con mi hermana y desde ahí yo había empezado a hacer algo indebido. No quería nada serio, en una salida nocturna se había presentado, entre copas y copas, la oportunidad de llegar a algo más. Para mí fue eso y punto: se acabó. Pero después él siguió insistiendo y bueno, al final terminé cayendo. La relación era un juego para mí, no quería asumir una responsabilidad indeseada.

«Hablando con él, estuvo de acuerdo en no tener el hijo y él mismo empezó a buscar contactos de amigos que sabían de estas clínicas clandestinas. Yo vivo en el Norte [de Quito] pero fuimos al Sur, a una clínica médica privada donde practicaban abortos. La gente que acudía allí era pobre, eso se notaba. La doctora me explicó un poco el procedimiento, y más o menos en qué consistía. Creo que también me pidió un examen. No recuerdo cuánto tiempo de embarazo tenía, pero no era mucho. En esa ocasión fue un legrado.

«Pasó el tiempo y yo preferí no volver a hablar del tema, más bien como que traté de olvidarme, porque era como haber hecho algo malo, escondido, que estaba muy mal. Yo soy católica y tengo mucha influencia

de eso y de la moralidad, de todo. Tratar de olvidar era decir 'esto no me afecta' y sigo normal con la vida, porque simplemente no era lo que yo quería en ese rato y ya.

«No hubo ninguna complicación física, pero sí la mala sensación de que estás en un lugar donde no existen las condiciones que debería tener una clínica y no sabes si se puede dar o no un problema médico. Por suerte no me pasó nada, pero pudo haberme pasado.

«Aparte de mi pareja, nadie más supo de aquello. Me hubiera gustado compartirlo con alguien, pero las personas que me rodeaban no lo hubieran entendido. Prefería tragarme eso, no ser juzgada. Mi pareja en ese momento era muy abierta y me apoyaba».

La historia de M. se encuentra con la anterior en muchísimos puntos. La incertidumbre, el temor, la sensación de hacer mal. También en el apremio por encauzar las riendas de su vida dentro de las posibilidades a su alcance. Sabah Mahmood (2009) entiende por capacidad de acción esa transformación de las condiciones planteadas por un contexto histórico-concreto particular. Este me parece un concepto de mayor amplitud y utilidad que el de *agencia* por cuanto abarca más que la voluntad propia para cambiar las circunstancias.

Hay mucho de esta voluntad en las acciones de N. y M., pero los giros puntuales como respuesta a necesidades concretas moldean sus decisiones en suficiente medida como para evitar proclamar autonomía en abstracto. Esta constituye precisamente la crítica a los enfoques fundamentales desde los que hoy se reivindica la legalidad del aborto en América Latina: el paradigma de derechos y el paradigma libertario, cuyas diferencias sustanciales no cambian el hecho de que ambos apelan a concepciones genéricas sobre la libertad y los derechos. Estas resultan insuficientes para captar las múltiples dimensiones del aborto como hecho que transcurre en un cuerpo sexuado, pero también situado e inserto en relaciones de poder concretas y particulares.

M.: «Yo tenía como veinti... ¿qué habrá sido? Como 24 años por ahí, me había graduado de la universidad, vivía en Guayaquil y estaba con mi pareja hacía un tiempo. Salí embarazada y no quería tenerlo, porque estaba bastante deteriorada la relación con el susodicho futuro padre del... producto, como le decían los ginecólogos que me atendieron y fueron superchéveres, porque para ellos no era un bebé ni nada de eso.

«No estaba entre mis planes asumir este tipo de responsabilidad y sentía que de alguna manera iba a limitar mi proyecto de vida en construcción. La otra razón es que el sueño de mi familia era que yo me

casara y tuviera hijos dentro del matrimonio. Cualquier otra cosa la iban a censurar.

«Por supuesto que tomé la decisión sola y luego me acompañó mi mejor amigo. Él me dijo que no le parecía nada censurable y que me ayudaba con lo que necesitara. Fuimos al médico y luego él compró las pastillas, el CITOTEC<sup>3</sup>. En el país se pueden conseguir en algunas de estas farmacias chiquitas, como de barrio, que no están muy a la vista (o sea, ni Fybeca, ni Sana Sana, que sí son muy controladas por el Ministerio de Salud).

«En una de esas le vendieron a mi amigo, como el médico había indicado. Claro, sin firmar una receta ni nada, él solo nos explicó el procedimiento. Los dos médicos que me atendieron lo hicieron bastante bien. Uno era mi ginecólogo personal, que no practicaba abortos —o eso decía— pero se ofreció a ponerme en contacto con un amigo suyo, de entera confianza. Pero el amigo este de él nunca apareció, así que fui a una clínica particular, donde una amiga había tenido un aborto.

«Fui para que revisaran cómo estaba yo y cómo... el producto. Me dijeron que era un embarazo de alto riesgo y debía cuidarme. Yo le dije al médico que no estaba decidida y él me sugirió que entonces no viera la pantalla del eco. Le quitó el sonido al aparato ese y luego me dijo que si iba abortar, me recomendaba a una doctora amiga de él que lo hacía. El certificaba que el lugar era muy limpio y ella muy profesional.

«Tenía que decidirme porque estaba avanzando y además, si lo pensaba tener, debía tomar medidas muy extremas como reposo absoluto, porque existía peligro de que se desprendiera de la placenta. Al siguiente día tomé la decisión. Mi mejor amigo fue bastante clave en eso, él es agnóstico y dijo que un embarazo en esas condiciones iba a ser un sacrificio para mí y para el bebé mismo. Si yo no quería tenerlo, no valía la pena, así que a olvidarse de todos los prejuicios.

«Mi mamá lo sospechó, porque ella tiene un olfato así medio raro. Sobre todo porque como a la semana y tanto del aborto fui a la casa de mis padres. Había estado bien hasta entonces y durante los días de recuperación, mi mejor amigo estuvo ahí cuidándome, asistiéndome. Ya me sentía bien.

«Pero cuando llegué, mi mamá me dijo que me veía pálida y verdosa. Una amiga nos había invitado a ella y a mí a su despedida de soltera. Me puse unos zapatos de tacón alto y en la madrugada me desperté porque

---

3. Llamado la pildora abortiva de los países pobres. Con ese fin, se utiliza en América Latina tanto de manera legal como ilegal.

tenía muchas contracciones en el vientre. Cuando veo, estaba todo lleno de sangre. Yo, la cama... unos coágulos enormes. En mi vida había visto una cosa así, me impresionó muchísimo. De momento empezó una hemorragia imparable. Me puse mal, con fiebre.

«Llamé a mi ginecólogo y me dijo que necesitaba que fuera a un hospital o clínica y que ya él salía desde su ciudad para la mía. Yo no le podía decir a nadie, así que le pregunté si podía ir conduciendo a la clínica. Me advirtió que si conducía por la fuerza iba a ser peor.

«Me mandó a conseguirme unas pastillas y si con eso no paraba la hemorragia, a inyectarme en vena. Pero indicó que antes llamara a la doctora que me hizo el legrado, para ver si ella estaba de acuerdo con el tratamiento. La llamé, no contestaba, no contestaba... y yo seguía sangrando.

«Cuando amaneció me respondió la doctora y dijo que tomara las mismas pastillas que mi ginecólogo mandó, pero sin acudir a la inyección. Ahí estuvimos en una llamada tripartita, porque no se ponían de acuerdo y yo no sabía qué hacer, hasta que al final mi médico dijo: `procede con las pastillas, aumentando la dosis y bajando el espacio de tiempo. Si no pasa en dos horas, pues inyección, te hospitalizamos y se lo tienes que contar a tus papás, porque puede ser fatal`.

«Por suerte, de a poco se fue controlando la hemorragia, y aunque mi mamá insistía en que algo pasaba, yo jamás le dije».

En el segundo aborto de N. también se utilizó el CITOTEC, cuyo ingrediente base es el misoprostol, empleado en el tratamiento de úlceras gástricas y duodenales. Según reconoce la biblioteca de Salud Reproductiva de la Organización Mundial de la Salud, este constituye un tratamiento eficaz para interrumpir embarazos antes de las 24 semanas de gestación. Dicho medicamento produce contracciones intrauterinas y puede ocasionar dolores fuertes o incluso hemorragias, como en el caso de M., por lo que si bien las mujeres ecuatorianas recurren a él sin supervisión médica, ponen en peligro su salud.

N.: «En una época en que mi marido y yo teníamos muchos problemas, me cansé y decidí irme a vivir lejos. Ya para entonces tenía a mi primer hijo, y encontré un trabajo, que me permitía estar la mitad del tiempo con él, manteniendo los ingresos, porque el padre no se ocupó ni de un pañal, ni de una leche, ni de nada.

«Conocí a alguien en ese trabajo, menor que yo y bueno: nuevamente en el mismo plano romántico, me quedé embarazada. Pero ahí se complicaba la cosa, porque este chico tenía una novia y yo seguía yendo y viniendo con mi marido. Otra vez era asunto de una noche y `¡qué mala suerte la mía!`.

«Me da vergüenza decirlo, pero yo le ‘encamé’ el hijo al marido porque contarle la verdad hubiera sido peor. Le dije que no podíamos tenerlo y él accedió nuevamente. Fuimos a otra clínica, no me acuerdo cómo conseguimos el dato. Él estuvo conmigo y nadie se enteró tampoco.

«Fue otro tipo de aborto, creo que se van modernizando. Me dieron a tomar una pastilla y me produjo alergia, casi me muero esa vez. Tuve contracciones y luego me aspiraron. Solo le comenté al verdadero padre después de que había pasado todo. A él le convenía, porque se casó con la novia y hubiera sido demasiado complicado.

«De nuevo me propuse olvidarlo, no volver a hablar del tema. Creo que hubo alguna época en la que me deprimí y me llegué a ir a confesar».

Hasta aquí, las rutas por donde transita la capacidad de acción de las mujeres ante lo que perciben como un problema. La prohibición legal traza el marco para el adjetivo *irresoluble* y las propias condiciones en que se desarrolla la resistencia refuerzan los mecanismos de culpa, sin ser sus únicos aliados.

## ÈL

Atender a la influencia de las parejas masculinas en las decisiones reproductivas ha constituido una deuda de los estudios sobre el tema. Autoras como Ivonne Gebara (2012) y Carole Browner (2001) destacan la necesidad de prestar mayor atención al asunto, un giro analítico que además de aportar a las reflexiones situadas sobre las resistencias de las mujeres permite dilucidar cómo estas han sido colocadas en el centro de la reproducción.

Las consecuencias de dicho problema comienzan con el fortalecimiento de los roles binarios de género, coherente con un ordenamiento de las relaciones sociales que asocia a los hombres con la reproducción cultural y a las mujeres con la reproducción biológica. La repercusión de ello en la investigación y el diseño de políticas públicas convierte a los varones en la mitad olvidada de la planificación familiar (Ignacio González y Emilia Miyar, 2001) y favorece la existencia de un doble código moral para analizar las experiencias reproductivas de la población (Juan Figueroa y Verónica Sánchez, 2013).

Semejantes problemáticas parten de la presunción de que son las mujeres quienes toman las decisiones reproductivas, incluso en contextos donde los hombres son políticamente dominantes (Carole Browner, 2001).

Pero si miramos con mayor detenimiento, el pronombre *él* aparece con bastante frecuencia en los testimonios de N. y M.

La valoración de sus parejas como padres potenciales forma parte de las reflexiones y dudas asociadas con las experiencias de aborto de ambas entrevistadas. Para Soler caracteriza a muchas mujeres en la actualidad la búsqueda de un padre, que adquiere múltiples configuraciones: «busco a un padre, pero no soporto vivir con un hombre; busco a un padre pero los que encuentro no quieren tener hijos; busco a un padre pero no lo encuentro; lo quiero pero no lo imagino en el papel de padre» (Colette Soler, 2006).

En el discurso de N. y M. la sombra masculina se erige a menudo como telón de fondo. Dicha figura puede facilitar la aprobación, el apoyo, o incluso ocasionar desacuerdos cuyo desenlace deviene material de reflexión y crítica para las dificultades de poner al aborto en una perspectiva estrictamente binaria de hombre/mujer.

N.: «Cuando nos casamos, yo quería tener un hijo, sentí que era tiempo. Tal vez con esa idea de que era lo correcto dentro de la ideología con la que crecí. Él en cambio no quería.

«Decidí dejar de tomar las pastillas anticonceptivas y me quedé embarazada superpronto. Empezamos a presentar muchos problemas, porque él dijo: 'tú te metiste en esto sola, tú lo tienes'. Fue muy duro al principio, porque yo tenía muchísima ilusión. Terminé en el hospital un día, no tenía apoyo, él se volvió una persona agresiva, que usaba mucho el maltrato psicológico.

«Seguí adelante, a pesar de que él ni siquiera quiso hacerse cargo después de que el niño nació, pero para mí vino en el momento en el que tenía que ser. Pensé que iba a cambiar de opinión cuando le viera al hijo, pero la felicidad duró una semana. Después fue terrible: empezó a tomar y del alcohol pasó a la violencia. Seguíamos casados, pero él no iba a dormir a la casa.

«Fue una relación muy... La historia de amor se acabó en el momento en que me quedé embarazada. Hasta que decidí separarme. De hecho, también descubrí que era infiel, etcétera, etcétera y fui yo la que le 'boté' de la casa. Nos quedamos solos mi hijo y yo en el lugar donde vivíamos. Yo tuve que buscar un trabajo porque él se desentendió de cualquier tipo de apoyo económico, moral, o lo que sea y ni siquiera nos visitaba.

«Empecé a sentir remordimientos y a buscarlo para que viera al niño. Él aprovechaba de que yo le pedía que regresara a la casa y se negaba. Después del segundo aborto me fui de viaje, volví y era intermitente la relación entre los dos. Comenzó a insistir en que había sido un estúpido y

me pedía que volviéramos. Él era muy muy ateo y de pronto empezó a frecuentar un grupo de cristianos. Me tenía cansada con eso.

«Volví, él ahora anhelaba un hijo, para poderle dar lo que no le dio al primero. Ya yo no quería parir más, mi experiencia del primer embarazo fue demasiado traumática. No quería volver a pasar por lo mismo y tal vez eso influyó en el segundo aborto.

«Ahora tampoco quería, pero ese hijo lo deseaban el papá y mi otro hijo. Era como 'yo quiero un hermanito' y de pronto vino, pues a pesar de haberme cuidado, quedé embarazada. Con pastilla del día después y todo nació mi niño. Más o menos hasta los tres meses, yo estaba en la duda de si tenerlo o no. Al final decidí que sí, pensando en mi otro hijo y con la conciencia de que si paría era mi responsabilidad: el padre no iba a estar presente, me estaba cargando el problema yo».

N. había llegado al reconocimiento de su responsabilidad exclusiva en la crianza de los hijos por lo que hasta cierto punto pareciera que renunció a la búsqueda del padre descrita por Soler. La propia autora reconoce que:

en el lazo social actual, la madre o su sustituto es, cada vez más a menudo, el compañero preponderante, incluso exclusivo, del niño, o al menos el único estable (...) Las configuraciones concretas son múltiples y variadas, pero la movilidad de los lazos sociales y amorosos da al cara a cara del hijo con su madre un peso nuevo en la historia, y esto no puede ser sin consecuencias subjetivas (Soler, 2006).

Vale reflexionar sobre esta responsabilidad exclusiva de la madre y el nexo mujer-reproducción como fuente de una polémica no agotada por los feminismos de la igualdad y la diferencia, pero que no constituye el propósito de este artículo. Hacia dónde se mueven tales «consecuencias subjetivas» es asimismo un buen punto de análisis, a la par de cómo ello modifica las concepciones tradicionales sobre el rol de la madre.

N.: «Fue muy irónico, porque mi hijo nació y se enfermó, casi se muere. Ahí yo me le aferré mucho y de hecho hasta hoy es mi sobreprotegido. Un año, la relación con mi marido funcionó superbién, él cambió muchísimo, pero todavía en el embarazo había estado en muchas ocasiones... ¿cómo te digo?

«Él es una persona muy inestable emocionalmente y a veces yo quería que me acompañara a un examen médico y él andaba tomando con sus amigos. Eso me mataba de las iras, al final me iba por ahí a tomar sola o me

‘pegaba’ un cigarrillo. En realidad me alteraba mucho, aunque no fue tan traumático como el primer embarazo.

«Cuando el niño estaba en la clínica internado, él dijo: ‘si el médico no da muchas posibilidades, yo no voy a pagar la clínica’. Y con el primer hijo: ‘no voy a pagar el parto. Verás tú cómo haces’. En realidad me sirvió para concebirlos y nada más. Luego, durante la enfermedad del bebé, fue horrible porque lloraba y lloraba y lloraba. Yo le daba de lactar y vomitaba. Él una vez cogió y me dijo: ‘¡sácale de aquí porque no me deja dormir!’ Por ese tipo de cosas una dice: ‘¿qué le pasa a este imbécil?’ Pero aun así, tocaba aguantarse todo.

«Al año de nacer mi segundo hijo me separé y de una recaída con él vino el tercer aborto. Ahí él me torturó psicológicamente porque como andaba con los cristianos, repetía que el aborto era un pecado. Y me mandaba los videos religiosos esos de cómo destrozan al niño por partes. Era traumático, una guerra psicológica que me hizo muchísimo daño.

«Me tocó ir a mí sola a la clínica porque él no quiso acompañarme, no pude avisarle a nadie. Fui y pagué yo, me costó como 600 dólares. En esta clínica el trato era diferente, por parte de una doctora que incluso trabajaba en la ‘maternidad’, me imagino relacionada con algún grupo feminista porque se veía que estaba a favor de una y conocía.

«Lo importante es que estés segura de que lo quieres hacer y te concientes en el uso de algún anticonceptivo. A mí nunca me ha gustado usar métodos intrauterinos ni tampoco parches. Una época tomé pastillas, pero no me hacían bien. He preferido siempre que sea el hombre el que se cuide y ese era un problema: los condones se rompen o... etcétera, etcétera».

En el caso de M., su mejor amigo suplió el apoyo y acompañamiento de su pareja ante la intención de no continuar con el embarazo y aunque afirma haber tomado la decisión sola, también lo considera a él un soporte.

M.: «Mi pareja supo del aborto, pero no que fue provocado. Él se asustó mucho cuando se enteró del embarazo y yo también, entramos en crisis. Me acuerdo que me dijo: ‘bueno, tu situación actual no cambia los problemas entre nosotros’ y me dolió un montón.

«Él se había quedado hasta mi primera o segunda visita al médico, estábamos separados y le había contado lo del alto riesgo, pero no opinó mucho. Por aquel entonces, hubo un concierto de Silvio Rodríguez en Guayaquil y yo fui. Uno o dos días después me hago el aborto.

«Él me recriminó porque asoció las dos cosas: mi falta de reposo con la pérdida del embarazo. Dijo: ‘ah, como no le hiciste caso al médico y te fuiste a brincar, pasó eso’. Según él, yo me lo había buscado. Pensé: ‘si me trató así, sin saber todo lo que hice, pues ¿para qué le voy a decir? Sería

peor. Que siga creyendo lo que quiera, porque siempre voy a ser la responsable, directa o indirectamente’.

«Él dice que no es religioso, pero sus padres son Testigos de Jehová y cuando vivía con ellos, él sí iba a la Iglesia y predicaba, hacía esas visitas puerta a puerta. Yo creo que, en general, en este país estamos muy atravesados por el tema, aunque no lo confesemos».

### ENTRE EVA Y MARÍA

La emblemática Joan Scott arroja alguna luz sobre el punto en que el dogma religioso permea la imagen tradicional asociada con la identidad maternal.

Tras señalar al género como «elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos» y «forma primaria de relaciones significantes de poder», la autora identifica como los dos primeros de sus cuatro elementos constituyentes a los «símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples (y a menudo contradictorias)» y a «conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos» (Joan Scott, 2008: [1986] :21).

Scott describe de forma magistral el entramado cultural y simbólico que permea a la categoría *género* y funciona como una suerte de línea guía de comportamientos y roles esperados. Como subraya, María y Eva marcan los dos extremos opuestos de virtud y degradación femenina en la cultura occidental o para ser más exactos, judeocristiana. Las mujeres transitan así por una cuerda floja en cuestiones de moral y a cada lado encuentran los modos de ser asociados con estas dos figuras paradigmáticas. María encarna la pureza moral y el sacrificio, mientras Eva el placer y las tentaciones.

La identidad maternal bebe copiosamente de la figura de María y desde el punto de vista religioso el aborto no es solo un asesinato, sino que atenta contra la imagen de la mujer que sacrifica todo por la maternidad.

M.: «No me enfrenté a mis padres, a mi papá sobre todo, porque yo era todo para él y tenía mucha admiración por mí. Pensé: ‘no puedo hacerle esto a mi papá, ni a mi mamá’. Creo que algo de la tradición y la convención influyó mucho.

«Yo crecí un ambiente muy católico y conservador. Cuando llegué a la universidad puse todo eso en cuestión, miré otras cosas y dejé de creer en lo que por herencia y por costumbre había creído; pero aun así era muy fuerte el tema cultural y familiar, estaba ahí, atravesándome toda. Estudié

en una escuela y colegio católicos, de monjas. Mi mamá pensaba que por mi cercanía con los grupos juveniles de la iglesia y porque siempre estaba participando en eventos así como el festival vocacional y otras m... iba a terminar haciéndome monja.

«Ese era su mayor deseo, porque ella había estudiado internada en un colegio de monjas y también en algún momento se lo pensó. A mí jamás me pasó por la mente, siquiera cuando ella lo insinuaba. Tampoco a mi papá, él tenía claro que quería que fuera médico y veía lo otro como una imposición grosera de ella. Claro, así no pensaba cuando él imponía que estudiara medicina.

«Yo estaba consagrada al corazón de Jesús y a María. Todos los 8 de diciembre había una gran celebración, porque celebrábamos la pureza de María Inmaculada y toda esta m... Yo traía colgando medallitas de María y todo.

El discurso de las monjas era muy fuerte, nos lo repetían a cada rato y especialmente el último año del colegio, que fue cuando nos volvieron a consagrar. Decían que nos entregábamos a María, a su pureza, a su virginidad, aunque no sabemos cómo salió embarazada ella (risas). Decían que tomábamos su ejemplo y nos convertíamos en apóstoles de ella, consagrando nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu. Me habían consagrado en varias ocasiones pero esa me impresionó más, porque ya era más grande y tenía más conciencia de lo que estaba pasando.

«Este tipo de compromiso comprendía entre otras cosas llegar virgen al matrimonio, serle fiel al marido y aceptar la voluntad de Dios a través de él y de la Virgen María, como ella había aceptado su embarazo sobrenatural, el periplo por el nacimiento de Cristo y su amor. Ese era el ejemplo de vida y el ejemplo a seguir.

Fue muy duro, a mí me persiguió los primeros años de la universidad. La primera vez que tuve relaciones sexuales me atacó el sentimiento de culpa. Por supuesto que no hubo ningún momento de placer, porque estaba... pfff. Fue una relación terrible y difícil con un hombre mayor que yo. Me sentía terriblemente mala, pues traicionaba mi formación y eso no era posible. Merecía ir a la hoguera o ser degollada por lo que había hecho. Eso sentía».

Las palabras de M. ponen en evidencia la naturalización de conceptos y modelos a seguir que integrados al imaginario social alimentan el halo de pureza que rodea a la figura de la madre y niegan el goce sexual de la mujer. Salta a la vista el vínculo sexo-reproducción, a partir del cual el aborto aparece como una ruptura del ciclo y una contradicción del orden «natural» de las cosas.

N.: «Cuando mi último aborto, acudí a un metafísico y me hizo sentir que Dios no quería que un niño viniera al mundo si yo no lo quería traer. Desde ahí fue que empecé a reconciliarme con ese Dios castigador.

«En la culpa que sentía pesaba mucho el tema religioso. Me construí bajo esa forma de subjetividad. Mi familia es muy católica, yo he participado en grupos cristianos todo el tiempo. Pero también cuando ya tienes un hijo, tú te imaginas que estás negándole la posibilidad a otro de estar contigo. Viene ese sentimiento de ‘qué mala soy’ pero, por otro lado, dices: ‘sería demasiado terrible para el niño’».

La naturalización antes referida se vale además de un referente más directo y cercano. En su explicación del proceso por el que la maternidad se reproduce, Chodorow otorga notable importancia a la relación madre-hija, quienes a su juicio se perciben como una misma persona (Nancy Chodorow, 1984).

N: «Mi mamá es una mujer muy abnegada, muy sacrificada. Si se enterara de que yo aborté tantas veces, para ella sería una criminal. Yo le quiero muchísimo, pero es un producto perfecto de la cultura patriarcal.

«Hay muchas cosas que yo no comparto. Ella se ha quedado al lado de mi papá y se les ve hermosos, una linda pareja, pero ella siempre se ha ubicado en un segundo plano, ha dejado que él sea quien sobresalga. Ella es una mujer muy capaz que salió, se fue a hacer su postgrado, trabajó toda la vida. Pero se anuló como mujer para ser la esposa y la madre. Es esa mamá que está todo el tiempo presente, demasiado presente, diría yo.

«Eso influyó en mí en que muchas veces antes de separarme pensé: ‘no, tengo que aguantar, perdonarle a mi marido, comprenderle’, justo como ella hace. El hecho de que he dejado cosas pendientes por mis hijos, creo que es ese mismo modelo de mamá sacrificada, pero no al extremo de mi madre.

«Ella dejaba de comprarse sus cosas para pagarles a los hijos la universidad tal, o el colegio tal. En ese punto yo muestro más ecuanimidad, tal vez por la experiencia que me tocó vivir. Pero sí existe la herencia».

La construcción de una identidad imitativa/opositiva, que toma elementos de un referente y a la vez rechaza otros remite a los planteamientos de Chodorow (1984). Asimismo, a los reproches que según Colette Soler (2006) siempre se le hacen a la madre, ya sea por estar ausente o demasiado presente.

Pero ¿es solo imitativa u opositiva la construcción de la identidad de madre? ¿Hasta qué punto se aprende? ¿Hasta qué punto se aprehende? ¿Qué aporta en este proceso el haber experimentado un aborto?

M: «Yo quisiera ser mamá solo si vinieran grandes (risas). En serio, no es tan de broma. No quisiera pasar por el período de gestación ni el momento del parto, ni el primer año, que me parecen terribles. No sé si es egoísta de mi parte, pero así lo siento, por la experiencia de todo. A mí no me termina de parecer bonito ni de emocionar el hecho de tener a alguien ahí nueve meses en la panza. Sí quiero ser mamá, pero realmente no sé cuándo voy a estar preparada, porque a estas alturas no lo veo venir».

### ¿CÓMO SE TRADUCE PARA TI ESTAR PREPARADA?

«Quererlo tener, que haya un compañero dispuesto a sentir y compartir la experiencia. No quiero ser una mamá que tenga que hacerse cargo por toda la vida del cuidado, de la responsabilidad, de la crianza. Y siento que no he encontrado a la persona que esté sintonizada en la misma onda.

«Mi temor principal es estar con alguien que no quiera esto, porque los primeros años de una persona son básicos para definir lo que será en la vida. Cuando aquel embarazo yo le decía a mi pareja de entonces: 'bueno, si ya luego nos separamos a los dos o tres años, es otra historia'. Pero el tema del acompañamiento en los primeros tiempos es básico para mí. Eso significa estar preparada, que la otra persona también tenga conciencia de que no es un hecho limitado a mí porque voy a parirlo o tenerlo en la panza. No sé si quiero tener hijos, tal vez adoptar... no sé».

N: «Mis hijos son dos seres que siempre están presentes y los tengo que cuidar. A pesar de que mi filosofía es dejarles ser, no imponerles u obligarles a nada, soy responsable de la vida de ellos. Desde el momento en que los tuve busqué no dejar lo mío, pero estar con ellos.

«La elección de trabajos, el haber renunciado a estudiar antes y hacerlo ahora en gran parte responden a que esos seres que vinieron por mi decisión requieren cuidados. Es chistoso porque dices 'soy muy maternal', pero ¿y todo lo que hiciste qué? ¿Qué tan maternal puede ser?

«Convertirme en madre me ayudó mucho a crecer, a dejar atrás a esa mujer desvalida que necesita protección para ser fuerte. Sí cambió ciertas cosas, porque yo necesitaba un hombre a mi lado antes. Ahora te digo que no, me siento bien así.

«Mis hijos han sido mis grandes maestros, en todo sentido: emocional, para aprender a desenvolverme sola, afrontar las cosas y ayudarles a ellos a que lo hagan. La figura de la Virgen María, tan dominante en nuestra cultura y aquí en Ecuador la madre dolorosa pueden ser resignificadas en

la madre que siente deseo y placer, tiene orgasmos y es creadora. Porque en realidad es así».

#### A MODO DE EPÍLOGO

Por muchas razones, Colette Soler (2006) llamaría a N. y M «raras mujeres nuevas». En sus pieles se alojan sujetos transidos por el bombardeo ideológico de una cultura profundamente patriarcal y sería errado decir que han logrado zafarse de todas las ataduras que ello implica, cuando en su discurso se encuentran (de forma explícita o implícita) las huellas de su educación y los referentes que esta erigió.

Sus palabras devienen mapa del trayecto por el que puede forjarse y naturalizarse una identidad maternal y dentro de él resalta el punto de giro que implican las experiencias de aborto. Para ambas abortar amalgama sentimientos encontrados, propios del típico «sé que está bien, pero se siente mal». Solo que en el caso de quien ya es madre, el «se siente mal» incluye una razón más: la negación de otra posibilidad de ejercer como tal.

Tal admisión respondería en parte las preguntas del comienzo de no ser porque cada caso de aborto tiene una significación distinta, examinado en relación con la figura maternal. De hecho, los tres narrados por la propia N. así lo demuestran.

Y para quienes piensen que hemos navegado tanto para atascarnos en un punto ciego, remito nuevamente al término *posibilidad*, que antes utilicé a conciencia. Y es que el aborto se plantea como una entre otras posibilidades, no excluyente en sí misma.

El hacernos creer que sí lo es califica como un éxito rotundo del sistema patriarcal y sus estigmas. Apelo a Colette Soler (1984) en su apunte de una maternidad deseada y «aplazada hasta un mejor encuentro» no como generalización esencialista sino como forma de dar sentido al aborto en determinadas ocasiones, como parte del ejercicio de la capacidad de acción de las mujeres ante embarazos no deseados.

Ello no implica de ninguna manera justificar ni exaltar la maternidad como forzada promesa de final feliz, sonriendo y sin quitarse de encima el yugo que para muchas erigen los roles tradicionales de género y en especial la figura de la madre, como destino principal del sexo femenino.

Puede haber y hay quien decida no ser madre y el aborto le provea una vía para concretar su propósito. Pero puede haber quien sienta que no quiere serlo *ahora* por disímiles motivos; uno de ellos *no estar preparada*.

El meollo del asunto es preguntarnos ¿preparada para qué? Y aquí chocamos de frente con la pared de presuposiciones y normas sobre qué implica ser madre. Aunque estas varían a nivel contextual y personal no se puede negar cierta «base de datos» con sustrato común.

La identidad maternal es esa pared, erigida con cuidado casi desde que abrimos nuestros ojos al mundo y a algunas de nosotras nos ponen en los brazos una muñeca. El control patriarcal sobre el cuerpo de las mujeres se apoya en esa muñeca y repudia cualquier acto de resistencia que intente resignificarla, sutileza latente en la propia connotación de la palabra *aborto*.

¿Qué se *aborta* cuando se aborta? es una pregunta de difícil respuesta, pero que requiere en primer lugar una admisión sin tapujos: lo único que abortar malogra es la reproducción *ad infinitum* del rol que alguna vez se nos impuso, sin antes preguntarnos.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chodorow, N. (1984) *The Reproduction of Mothering*. Berkeley: University of California Press.
- Lavrin, A. (2005) «El control de la reproducción: escrutinio de las relaciones entre los sexos». En *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay*. Chile: Editorial Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 207-245.
- Mahmood, S. (2009). «Teoría Feminista y el Agente Social Dócil: Algunas Reflexiones sobre el Renacimiento Islámico en Egipto». En *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid: Cátedra, 167.
- Scott, J. (2008) [1986] «El género: una categoría útil para el análisis histórico». En *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 48-74.
- Soler, C. (2006). «Esas raras mujeres nuevas». Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-69501-2006-07-06.html/> [2014, 3 de marzo].